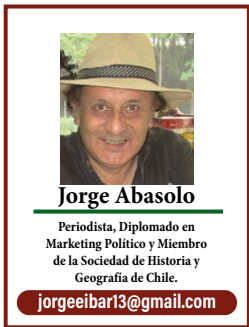




Así somos los chilenos cuando vamos de visita



Dramático pero así somos lo chilenos cuando vamos de fiesta. Conforme a una encuesta del Centro de Estudios de Opinión de la Universidad de Talca, no somos apegados a la puntualidad, quedamos como poco atentos con los dueños de casa y no nos damos por enterados de que hay una hora para llegar y otra para irse.

puso quisquillosos.

Pero no nos hagamos los lesos: medimos con distinta vara. Y es que una cosa es cómo nos vemos como dueños de casa y otra como nos portamos de visita.

Hace tres décadas, podíamos llegar donde parientes o amigos si avisar y con las manos vacías, Ser "paracaidista" como se decía entonces, no era mal visto.

Un domingo cualquiera, sentir el timbre y ver aparecer amigos o parientes que llegaban a compartir un poco de tiempo era habitual. De hecho, el guión incluía quedarse a tomar té. "Ya pusimos la cocina" y el almuerzo a la suerte de la olla", como relata el sociólogo Cristóbal Vilaxa.

Es que la informalidad de antes descansaba en los roles tradicionales como por ejemplo, el de la dueña de casa, que se instalaba el domingo en la cocina. En ese tiempo la metáfora de ponerle más agua no era irreal:

Somos poco colaboradores con los dueños de casa y no nos damos por enterados de que hay una hora para llegar y otra para irse. Si tenemos que llevar el postre, llegamos con vino. A veces, ni eso. Es que las invitaciones de hoy son más improvisadas y no tan formales como las de antes.

ES USTED de las personas que invita un domingo a almorzar a las dos de la tarde para que sus invitados lleguen a las 2:30, y así y todo llega más de alguien a las 15:00 horas sin siquiera ofrecer disculpas?

Todo ello sin contar que más de uno de sus amigos se instalan en su living como si fuere a su casa esperando que usted les lleva la copa de vino o la cerveza a la mano, y para lo único que se paran es para ir al baño.

Y en una escena del terror, copa tras copa alargan la estadía pos almuerzo cuando usted, como buen domingo, lo único que quiere es acostarse en su cama, a hacer nada, con el control remoto en la mano y los ojos a medio abrir.

Pero no puede, porque los boceras, es decir, lateros, siguen llenando el vaso y repiten los mismos temas de conversación, mientras en cada pausa uno espera a que alguno de ellos pronuncie la palabra mágica: "¿Vamos?"

También hay una cosa que nos molestan mucho, como las visitas que se dejan caer con sus hijos sin previo aviso (niños que toman lo que se les ocurre sin que sus padres los llamen al orden), como los invitados que nos dejan esperando sin dar señales de que no llegarán y como los que quedaron de llevar postre y llegan con una botella, como si una copa de vino reemplazara al pie de limón.

¿Por qué nos molestan estos detalles?

¿En qué momento perdimos la cordial informalidad de antes? Sin darnos cuenta, pasamos de estar toda una tarde de visita en casa de un conocido de nuestros padres (a quien le decíamos tío sin saber su nombre de pila) a sentirnos incómodos cuando se nos pasa la hora en la casa de un familiar. Estamos más apurados. ¿Disfrutamos menos? No. Pero sí comprimimos el tiempo de goce. Y nos empezaron a molestar detalles que hace 30 años ni siquiera notábamos. Parece que el paso del tiempo nos

Así funcionaba.

Hoy es impensable. "Es el tema del cálculo y de la eficiencia", dice Vilaxa citando a Max Weber: todo lo que supere o planificado, en un ámbito en donde se ha perdido la naturaleza del hacer, es percibido negativamente.

"Hay una suerte de nueva formalidad pragmática para salvar el momento, dice Vilaxa, porque la casa es un lugar de tránsito y hay que organizarla de alguna forma

cuando viene gente. Esto implica que cada cual tiene que asumir tareas que antes estaban asignadas gracias a los roles tradicionales.

Entonces, por estos días, mientras el dueño de casa va a comprar la lasaña preparada que solo hay que calentar en el horno, la dueña de casa hace el pisco sour para el aperitivo. ¿El postre? Lo traen los convidados. Pero por muy práctica que sea hoy la manera de resolver la llegada de visitas a la casa, poner lasaña en el horno o el pisco sour en el refrigerador requiere fijar un honorario a los invitados. No al estilo inglés, pero sí con un margen aceptable: los 15 minutos de los chilenos. Sin embargo, pese a eso, las escenas de impuntualidad son muy comunes entre los chilenos cuando van de visita.

Tanto así, que el 79% de los encuestados declara que le molesta.***

